

Asuntos Leoneses

Apéndice a la historia, religión y costumbres de las montañas del Porma y Curueño

Si a todos los libros que escriben los hombres se les pueden hacer reparos por sabios y competentes que sean sus autores, ¿cuánto más al que acaba de publicarse con el título que antecede? Mas como esos reparos ya los ha previsto el autor, que se propuso principalmente, no lo que pretenden los críticos de su obra, sino el fin que declara en la *Advertencia* que hace al principio del libro, que ha sido leído por todos los que lo tienen, aunque importa poco que sea criticado; de ahí que su autor no haga caso de los reparos que le hacen por haber omitido de intento la narración de hechos, noticias y datos, que a poco o a nada conducen, y digo esto, porque si algunos hechos merecen consignarse y pasar a la Historia, unos ya han sido publicados por LA CRÓNICA DE LEÓN, cuales son: que Boñar tiene una de las mejores iglesias de la diócesis, reformada hace años con la cooperación de todos los vecinos de la villa, bajo la dirección activa, entusiasta e inteligente del coadjutor D. Emilio Robles; que Boñar es la perla de la Montaña leonesa, o por lo menos del Porma, a causa de su situación topográfica; no obstante el hecho de aparecer a los ojos del observador abando-

nados sus montes, que en parte están pelados, y en parte poblados de estériles e ingratos brezales, y por último, que en Boñar hay y hubo almas muy piadosas, que han dado hermosos ejemplos de religiosidad y de virtud. Una de ellas fué D.^a Manuela Díez, que era muy asidua en frecuentar el templo y la santa comunión, y amiga de hacer bien; tanto, que dejó para habitación del párroco de la villa una de las más bellas casas. De las almas virtuosas, que por fortuna abundan en Boñar, no tardaré en hablar la Historia de la Montaña. Ahora, mientras vivan, no conviene hablar de ellas, por aquello de *qui se existimat stare, videat necadat*.

Sin embargo, como la colección de LA CRÓNICA constituye también una Historia, a ella remito al que quiera saber algo más de Boñar y de los religiosos, que en ella han nacido, como los sabios escritores y conferenciantes Padres Jaime Barrio, S. J. y Atanasio López, franciscano, que mencioné en libro recientemente publicado.

Otros hechos hay que pudieran siquiera mencionarse; pero no temo que por omitirlos se hambollean las columnas de la Historia; y en efecto, ¿qué utilidad proviene

de saber si el río Porma nace hacia la parte de Isoba o hacia la parte de Jarna? Lo importante es que no se agoten los manantiales y que continúen suministrando el caudal suficiente de agua para regar tierras y praderías y alimentar fábricas y molinos harineros. ¿Qué provecho nos viene por saber que un convento existió un siglo más o menos, si solo tenemos noticia de su existencia, y no tenemos ninguna de los monjes que en él se albergaron, ni de si escribieron alguna obra importante? ¿Podrá acaso influir en la reforma de las costumbres y en el aumento de la piedad, el referir que de tal pueblo fué conde o marqués un individuo que no hizo nada por él, y que unas tierras de tres o cuatro heminas, que tal vez fueron puros pedregales, pertenecieron a éste o al otro convento?

Los que quieran, pueden continuar discutiendo sobre tales futilidades. Yo me atengo al siguiente cánón de la Historia, a saber: que el historiador no debe detenerse a ponderar hechos insignificantes y vulgares, del mismo modo que debe llamar las cosas por sus nombres, reprobando el vicio y ensalzando la virtud, donde quieran que se hallen; y como en algunos pueblos de más de cien vecinos hay salones de baile con organillos, cafés y bares abiertos, mientras unas pocas mujeres rezan los domingos por la tarde el Rosario en el templo; de ahí que adrede no quise dar importancia suma y que no tienen, a los adelantados materiales, que sí iluminan los cuerpos como las luces de las bombillas eléctricas, dejan a obscuras las almas de los que solo piensan en darse buena vida, y no en el fin para que han nacido.

Pueblos hay de pocos vecinos, donde no hay nada que ponderar, y otros como Boñar y Lillo, donde hay muchas personas y cosas que encomiar; pero es de lamentar que de estos dos pueblos desde hace más de 30 años no haya salido un cura siquiera, ni haya, al menos que yo sepa, un seminarista y muy pocos religiosos, y del último ninguno, mientras que de Vegamián hay diez religiosos, de Gencera, de 25 vecinos, nueve curas, y de Remolina unos doce, que aún viven.

Esto es lo cierto, esto es lo real, esto es lo histórico y esta es la verdad, y la verdad ante todo y sobre todo. *Suum cuique.*

DANIEL REYERO